

José María Guelbenzu

Un peso en el mundo

 Siruela

Nuevos Tiempos

*A Natalia Rodríguez Salmones y en memoria
de Cristina Rodríguez Salmones por tantos
años de cariño y amistad.*

El alma da una orden al cuerpo y es inmediatamente obedecida. Pero cuando el alma da una orden a sí misma, se resiste.

SAN AGUSTÍN

Uno

Yo tendría que haber muerto hace ya unos años. No ha sido así y vivo con pesar. Además, las cosas no me importan.

No irás a decirme que te has recluso aquí por eso.

¿Recluírme? Sí y no. El mundo me ha echado.

Triste mundo. ¿Qué culpa tiene el mundo de que te hayas venido a vivir a este lugar?

¿De dónde vienes? ¿No miras a tu alrededor? ¿No lo has visto? Es sencillamente inaguantable. No respira, no piensa, no es más que un runrún de gente horrible, masas que se desplazan, lo pisotean, un auténtico barrizal; es tan desagradable transitar por él... Al menos aquí no tengo que soportarlo. Por supuesto que el mundo no tiene culpa, ¿qué culpa va a tener? Es, sencillamente, inaguantable. A mí me basta con eso. Además, las cosas no me importan, es la verdad. La vida se ha convertido en esperar.

No te lamentes. ¿Esperar? ¿Qué esperas tú?

La muerte, la certeza.

Oh, Dios mío.

Hablo en serio. No tengo ningún miedo. No importa nada.

No lo esperaba, venir aquí y encontrarte en esta situación. No tenías este aire cuando te llamé, estabas muy atractivo, muy estrella, el hombre que al fin dirige en paz su mirada al mundo, todo eso, ¿no? ¿Qué pasa ahora? ¿Te estás haciendo el interesante? Bueno, el viejo maestro de seducción sigue haciendo su labor de zapa, te conozco, te recuerdo bien. Dime, ¿te escondes también de las mujeres, además de las masas?

La mujer es el misterio, la masa es la bestia.

Ya veo. Bueno, confío en que podamos hablar a pesar de todo, no ahora, claro, hasta que no bajas a tierra. Mis cosas, por ejemplo, supongo que estarán entre las que no te interesan, pero a mí sí. No es nada misterioso, ya lo siento por ti, sólo confusión, como te dije. Te enteraste, ¿no?, te enteraste cuando hablamos.

Me interesas, me interesas, como siempre. Te equivocas si piensas otra cosa. En realidad estoy contento de que hayas venido, me satisface.

Que tipo tan egoísta.

Sí, eso me halaga, no te lo niego. Esa imagen del hombre sabio y viejo que lanza su mirada sobre el mundo es cómica comparada con la realidad de este lugar. Aquí sólo puedes poner la mirada en la rutina, en la repetición. Todo el mundo hace lo mismo todos los días. No se descansa, no es un retiro, sino que has de estar luchando para no convertirte definitivamente en un idiota. Y cuando al cabo de un tiempo interminable llega el verano y viene gente nueva que lo llena todo, sólo vienen a contemplarse veraneando como animales que deambulan de un lado a otro buscando comida y repitiendo lo mismo día a día, mismos gestos, mismas conversaciones, mismo comportamiento salpicado de pequeñeces que hay que convertir en asuntos de importancia para no desfallecer de aburrimiento... Nativos y turistas son la cara y cruz de la misma moneda. Esto es el mismo mundo, no hay quien lo evite, pero sin tanto ruido y sin tanto barro. Ay, no me quedan más que los libros para poder conversar. Estoy de prestado, debería estar muerto.

¿He venido a hablar de ti o de mí?

De ti, por supuesto, soy un egoísta, no hago más que lamentarme, lo que quieras, pero deja que te hable, ten piedad; ¿sabes que a veces me he sorprendido hablando con los árboles? ¿O qué crees tú que son la soledad y la caducidad unidas? Sí, sí, la caducidad, no hagas muecas.

Sin embargo, sigues reflexionando. Me recuerdas al Don Juan:

In youth I thought because my mind was full

*And now because I feel it growing dull.**

¿Eso decía?

Sí, con un cambio de verbo, eso decía.

¿Don Juan Tenorio?

Don Juan de Byron.

No lo he leído. En fin, si uno se pone a hablar con los árboles es que, en cierto modo, se le está secando el pensamiento, por eso imploro piedad. Byron ¿no era un romántico fantástico? Pero, mira, ni siquiera has deshecho la maleta y aún tenemos que cenar. Déjame protestar. ¿Es que no vas tener compasión de un pobre solitario? Hablaremos de ti, hablaremos todo lo que quieras, un día, dos días, tres... Por cierto, ¿cuánto tiempo vas a quedarte?

No lo sé... No mucho... No puedo... Tampoco tengo tanto que contar. Sólo he venido a buscar... lo que te dije, un poco de orden. No es cuestión de tiempo, no sé lo que es. Eso: hablar, ver qué pasa, a lo mejor cambia algo o se ven las cosas de otra manera, ¿no? Como el escritor cuando escribe ¿no?, que se coloca ante sí, en el papel, las cosas que lo atormentan.

Eso yo no lo sé, tú lo sabrás mejor. ¿Así que voy a hacer de papel?

Anda, no seas rancio. ¡Hacer de papel! Además, tú nunca has escrito ni yo tampoco, literatura, quiero decir, no sabemos lo que es eso; sólo hemos llegado a ser lectores.

Sí, sin duda, lectores que sacan un gran partido a sus lecturas, por cierto. Yo te dí clases a ti, tú se las das a tus alumnos, alguno de ellos se las dará a tus hijos... Ah, pero la literatura es más agradecida que la filosofía y yo te perdí muy pronto...

Qué horror, qué horror, cállate; te estás poniendo cursi, y pesado, y puede que acabes de patético, que sería lo peor. O a lo mejor es que siempre has sido así y ahora, con la distancia, se te nota todo, yo te lo noto.

Me tenías en un pedestal...

* «De joven, yo pensaba porque mi espíritu se desbordaba / Y ahora, porque siento cómo se me va entorpeciendo». (El original inglés no dice *thought* sino *wrote*.)

Mira, no, cambiemos de asunto, no me divierten tus gracias en este momento, lo siento, no me apetece.

Mis excusas. Sólo trataba de evitar que nos pusiéramos serios; porque es tarde, en primer lugar, o, dicho de otro modo, es una hora tardía para ponerse a hacer nada. Pronto será hora de cenar y yo soy un hombre solitario y caduco, pero no pobre, así que te invitaré a que salgamos a tomar algo enseguida, porque aquí no hay vida nocturna y, a la hora en que en Madrid empezáis a cenar, sólo encontraremos calles desiertas y locales cerrados. Y, por último, las conversaciones fuertes, en contra de lo que la gente cree, son propias de la primera hora de la mañana, que es exactamente cuando aceptaré que me hables de ti, quizás a lo largo de un hermoso paseo sobre lechos de hojas secas, después de desayunar. Mañana veremos.

Eso me parece un plan estupendo.

¿Tu marido, bien? ¿Tus hijos, bien?

Muy bien. Bueno, ya sabes que nunca está todo bien, pero muy bien, sí. Todos estamos bien. Aunque te parezca increíble, de eso también tengo que hablarte. Que todos los problemas fueran éstos, ¿no?, ir bien. A lo mejor, si no fuera todo bien, no tendría el problema que tengo, qué historia. Pero bueno, en lo que tiene que ir bien una casa, una familia, todo va bien, sí. Y no son hijos, son hijas.

¿Siguen siendo dos?

Dos.

Dos hijas, ¿eh? Bendito padre, qué vida regalada le espera; dos mujeres que lo atenderán toda la vida. Las hijas nunca abandonan al padre.

No digas tonterías. Las hijas abandonan al padre cuando el padre es un pelmazo. A ti te habrían abandonado, sin la menor duda, y estarían tan contentas junto a su madre, que también te habría abandonado, pensando de la que se han librado y... Oh, Dios mío, perdona; creo que he metido la pata hasta adentro.

No. Ninguna pata. Temo que me estaba haciendo otra vez el interesante, como tú dices. Olvídalo. Sara está muerta y no tuvimos hijos, así que no hay daño.

Ya, pero recordarte a Sara así... Lo siento, lo siento de veras.

No lo sientas. Si lo sientes, atraerás la tristeza. Tu venida es una alegría para mí, me reconforta, me excita, incluso. Eso es lo que está bien. Además, como sabes, el tiempo se ocupa de barrer todos los rincones. Ahora sólo pienso en mí mismo; no te diré que me entusiasme el resultado, pero pienso en mí, es decir, en lo que está, no en lo que no está. Esto he hecho, esto he dejado de hacer, esto pude... La crisis de contingencia *revisited*. Te diré que es otra forma de recordar, no es aún la de la ancianidad, pero sí que es la última ocasión antes de entrar en la ancianidad. El anciano recuerda de otro modo: no se cuestiona, sino que sólo trata de aferrarse a la mayor cantidad de cosas que su memoria pueda retener. Debe de ser espantoso, ¿no te parece?

No. No me lo parece. Es lo que quieren tener, ¿no? Entonces, creo que está bien.

Temo que no me haya explicado. Quiero decir que es espantoso para mí, que no me apetece nada verme en éstas, ¿comprendes?

Sí, pero ¿qué puedes hacer? Cuando te veas en ello te parecerá bien.

¡Pues eso es exactamente lo que odio! ¡Que ya no seré el que te está hablando, sino otra cosa! ¡Un viejo, un viejo decrepito! En fin, lo que detesto de este asunto es, justamente, saberlo, anticiparlo, eso es lo que me deprime.

Espera a que te suceda y ya hablaremos de ello.

¿Hablar? Pero si no podré; habré perdido lo que soy ahora, seré solamente un viejo que cree que recordar es el único modo de retener la vida que se le escurre entre los dedos...

Lo de la arena y todo eso, ¿no?

La arena, el polvo, ¿cómo era aquello del puñado de polvo...

*I will show you fear in a handful of dust.**

... que se escurre entre los dedos? No, ése es uno de tus ingleses...

Eliot.

Exacto. Eliot. Pues bien, yo no hablo de miedo, hablo de una patética forma de perder nada, porque los recuerdos ya no son

* «Te mostraré el miedo en un puñado de polvo».

nada ni sirven para nada, que se convierte en la única manera de seguir vivo. Ahí está el horror.

Yo pienso, sinceramente, que eso es miedo y que la imagen de Eliot es maravillosamente útil en este caso.

Creo recordar que no hablaba de lo mismo.

No exactamente, pero tampoco tú eres el Rey Pescador.

Por favor, olvidemos los juegos de ingenio universitario. Yo ya no tengo nada que ver con ellos, los detesto y, además, me parecen una excrecencia oxoniense. ¡Fuera con ellos! Yo estaba hablando de otra cosa. Maldita anglicista.

Me encanta que digas eso: ¡maldita anglicista! Eso es muy tuyo. Ya me siento mejor.

¿Verdad que sí? Yo también me siento mejor; no hay nada como recuperar sensaciones. Pero es lo que te digo: en soledad la recuperación tiene algo de enciclopedia horrible; en cambio, en compañía, se comparte. ¡Qué diferencia! Las palabras, las sensaciones, las emociones, los argumentos... renacen, se enredan, se alimentan entre sí, bien lejos de la dramática vaciedad del eco. Creo que tu venida es magnífica, magnífica.

Qué bien, qué bien, me encanta. Pero no olvides que he venido a contarte algo.

Sí, lo sé, a buscar un orden. Tu juventud te lo permite. ¿Cómo no iba a aceptarlo?

Ay, Dios mío, no sé si estás para escucharme.

Claro que no, acabas de llegar, esto no es un confesionario, donde uno va al grano nada más arrodillarse. «Ave María purísima», dices tú; «Sin pecado concebida», contesto yo; «Padre, me acuso de ser desordenada y no comprenderme». No te rías, ¿sería ésta una forma de empezar a hablar después de tanto tiempo?

Ha pasado mucho tiempo, es verdad, desde la última vez que nos vimos en Madrid. ¿Cuántos años? Buf, no lo recuerdo. Pero no lo parece, estoy hablando como si fuera lo normal, como si hubiera sido hace meses. No es lo mismo hablar que escribir cartas y, sin embargo, ahora que estoy aquí pienso que el lenguaje de las cartas era mucho más tieso, ¿no?, que hablar contigo ahora. Pero también le debo a nuestra correspondencia el hecho de estar hoy aquí, de hablar contigo.

Tus cartas han sido un hermoso hilo de vida durante todos estos años.

Para mí han sido un hilo de sabiduría y serenidad, mi querido maestro.

Es muy grato oír eso.

Me alegro. No me resignaba a perder lo que había de bueno entre nosotros.